



LA HERENCIA.

(Continuacion.)

LANTENA, en el momento en que Perico entró en su casa, estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, y ocupado en remendar un vestido viejo. Volvió la cabeza hacia el que llegaba, respondió á sus buenos dias con tono breve, y alzando la nariz, bastante larga y armada de un par de anteojos, ensartó su aguja y se puso á coser con destreza.

Lantena habia tenido una juventud, ó por mejor decir, una

vida asaz borraseosa, pues primero habia sido soldado, despues cómico, acabando por encerrarse en Benvivre, su pueblo natal, para manejar las tijeras y la aguja en obsequio de sus compatriotas los maragatos. Luego que reunió una suma regular compró unas tierras, y se casó con la hija de un sastre, la cual habia muerto, así como cuatro hijos que hubo de darle.

Las enfermedades de su familia habian empobrecido á Lantena; pero se habia conquistado gran consideracion en su pueblo, porque sabia leer, porque era hombre de juicio, y en fin porque servia de maestro de muchos chicos. De suerte que se habia hecho el oráculo de Benvivre, y no se celebraba un matrimonio sin que él lo negociase, ni habia un bautismo en que no le consultasen sobre el nombre que se habia de poner al recién nacido. Con los años y los pesares habia desaparecido la alegría, y ya entonces el viejo Lantena era mordaz y satírico en tal manera, que la confianza que inspiraba no estaba exenta de algun temor.

El sastre no queria mucho á Perico, porque éste le habia jugado mas de una mala pasada, y porque habia sido el mas perezoso de todos sus discípulos, por lo cual le dijo en tono burlon y sin dejar su trabajo:

—«¿Sin duda vendrá V., señor Grijalba, á tomarse medida de un vestido con que pueda presentarse en Astorga? ¿me cree V. capaz á mí, pobre sastre de Benvivre, de vestir bien á un rico como V.?»

Perico, algo desconcertado, se sentó en un banquillo de madera y no respondió.

—«Cuando supe la *gran* noticia, prosiguió Lantena, dije que Dios hace bien lo que hace, porque nunca el tío Celama hubiera tenido corazon para abandonar á su hijo adoptivo, y V., señor Grijalba, que no es muy dado á trabajar, lo hubiera agobiado terriblemente.»

Esta segunda embestida hizo sonrojar á Perico, el cual habia sido tan adulado desde hacia tres dias, que de buena fé creia ser un gran personaje.

—«Venia á pedir á V. consejos, dijo en tono que revelaba sumo despecho; pero ya veo que debo irme.»

Y se levantó.

—«¿Consejos? ¿y sobre qué? repuso el sastre. ¿Qué consejos puede dar á V., señor Grijalba, un hombre como yo?»

—«¡Lámeme V. Perico, y acabemos de una vez! exclamó el mancebo. Mas siento ahora ser rico que me alegré al principio.»

—«¡Ola! ¡ola! ¿esas tenemos? ¿Y qué es lo que tanto aflije al señor Grijalba?»

—«Ea, hableme V. en buena amistad, y dígame cómo vive en

las ciudades la gente rica.... dígame V. sobre todo qué es lo que se hace en las casas de educacion.

—Trabajar, hijo mio.

—¿Pero en qué?

—En cosas algo difíciles y de mas importancia que llevar el ganado al abrevadero y al pastage. Primeramente, es preciso aprender á leer, y ya lo sabrias si hubieras querido. Pero aprender á leer no es nada; es necesario tambien aprender á escribir, y tampoco es nada aprender á leer y escribir: es preciso igualmente aprender á contar, y despues de saber leer, escribir y contar, es preciso aprender el latin, sin hablar de otra porcion de cosas de que te informará el señor cura mucho mejor que yo. Ya ves que todo esto es mucho peor que la doctrina cristiana que quería enseñarte el sastre.

—¿En las casas de educacion se sirven tambien de una vara? preguntó Perico.»

El sastre se echó á reir, y dijo:

—«¿Sin la vara del sastre y la del señor cura, te hubieras nunca puesto en estado de recibir la primera comunión? Felizmente para tí mi vara era bastante larga para alcanzarte, aunque siempre te ponias fuera del círculo que formaban en derredor mio las muchachas y los muchachos.

—¡Demasiado lo sé! replicó Perico.

—En las casas de educacion hay otra cosa, prosiguió el sastre; el calabozo, donde encierran al que no estudia y al desobediente, con grillos en los pies y esposas en las manos... ¡No olvides, Perico, que esto es peor que el catecismo del sastre!

—¿Y si yo no quiero entrar en una casa de educacion?

—No tienes edad para querer ó no querer.

—¡Dios mio! ¡es una desgracia heredar!

—No digo que no; ¿pero por qué tu tio no habrá esperado parte darte la herencia á que tuvieses veinte y cinco años cabales? Entonces podrías permanecer en tu ignorancia, y no que ahora tendrás que aprender que quieras que no quieras, cosa muy difícil para un perezoso como tú.»

Diciendo estas palabras levantóse el sastre, examinó los apeos de maragato que acababa de remendar, los dobló, cojió el libro de horas, y sin conceder una mirada á Perico se dirigió á la iglesia.

El mancebo no entró en casa hasta la noche, pues pasó el dia visitando á sus camaradas de los contornos, á quienes se quejaba de la desgracia de ser rico. Casi todos se habian admirado de sus lamentaciones, y los mas juiciosos le habian dicho que tendría menos miedo de ir á una casa de educacion si hubiese querido aprender á leer con Lantena.

Nada tenia que responder á esto Perico, porque su conciencia

le decia que tambien hubiera podido aprender con el cura; de suerte que no le habian faltado medios de adquirir alguna instruccion, y él tenia la culpa de haber permanecido enteramente ignorante.

Al dia siguiente fué á sorprender desagradablemente al jóven heredero una carta del escribano en que le decia fuese á Astorga, á cuya ciudad se dirigió Perico con el corazon oprimido y en compañía del tio Diego. Aquella vez era preciso quedarse en la ciudad, vestirse de *señor*, y procurar adquirir los modales del rango en que Perico habia nacido.

La mujer del escribano, llamada Doña Agueda Pimentel, se encargó de la transformacion, y quiso que el tio Diego volviera al siguiente domingo para que admirase á Perico con su nuevo traje.

Apenas lo reconoció el tio Celama: nada mas ridiculo que Perico con pantalon ajustado, él que estaba acostumbrado á las anchas bragas, sostenidas por encima de las caderas por una correa bien apretada; con frac, él que se hallaba á las mil varavillas con su chaqueta, y en fin con los pies encerrados en borceguies, cuando muchas veces ni aun gastaba alpargatas. Sus largos cabellos castaños que tanto gustaban á María Juana, habian caído cortados por la tijeras del peluquero, no siendo esto lo que menos habia afligido á Perico.

Al ver á su padre adoptivo despues de muchos dias de ausencia, el mancebo se arrojó llorando á los brazos del tio Diego, á quien costó sumo trabajo no acompañarle en su llanto; tan flaco y mal traído estaba el jóven.

—«Es un chico singular, dijo Doña Agueda; vive sin beber ni comer: parece que cuanto se le ofrece es veneno, y no toca á manjar alguno de los que se ponen en la mesa. Como no quiero que se muera de hambre en mi casa, le he hecho ayer unas poleadas, y las ha probado, pero con desconfianza: así, pues, vea V., tio Diego, el medio de traerle al camino de la razon, porque cualquiera ereería que esta herencia es para él la mayor de las desgracias que pudieran acaecerle.»

Tal era en efecto el pensamiento de Perico. Despues de haber vivido hasta la edad de quince años como un verdadero salvaje, en libertad de correr por prados y bosques, sin conocer otras trabas que los castigos bastantes escasos de sus padres adoptivos, Perico se tenia por un preso desde que vivia en la ciudad, y las lecciones que recibia acerca de sus modales, su aire y sus palabras, le desconcertaban, irritándole extraordinariamente. Doña Agueda le obligaba á permanecer en la sala, á comer á la mesa, ó mas bien á asistir á la comida, porque, como verdadero campesino, no quería probar los manjares que no conocia, y no conocia otros que poleadas de harina de trigo prieto, ó avena, ó maiz, leche cuajada y requesones; pero no paraba aquí.

Le habian puesto un maestro de lectura, á fin de que cuando entrase en la casa de educacion supiese alguna cosa: era preciso de consiguiente trabajar, estudiar, aprender en fin, y empezar el abecedario en edad en que la inteligencia de los niños, cultivada desde la cuna, es capaz de comprender y de recibir una instruccion de mayor importancia: respecto al pobre Perico, el *abc* era una cosa casi insuperable, ya que no imposible de todo punto. El infeliz maestro se apuraba tanto como el discípulo, y ni castigos ni recompensas podian hacer que adelantára éste; de modo que cuando al cabo de un mes Perico fué presentado á sus parientes, ni era mas sábio que el primer día, ni se hallaba menos embarazado con su vestido de *señor*.

La existencia de Pedro Grijalba habia sido hasta tal punto olvidada por su familia, que muerto el señor Santiago Grijalba, los colaterales mas lejanos creian recoger á lo menos algun buen legado: el testamento, recordando á todos el niño abandonado, fué á frustrar muchas esperanzas, y ninguno manifestó gran cariño al legatario universal, quien desgraciadamente para él nada tenia de interesante, sobre todo cuando el descontento anublaba sus facciones regulares, pero de espresion naturalmente severa.

No habiendo querido aceptar la tutela ninguno de los parientes, fué preciso nombrar á un extraño, á un antiguo amigo del capitán Grijalba; hecho lo cual se permitió á Perico que fuese á pasar una semana con sus padres adoptivos antes de entrar en la casa de educacion.

Hermosos dias fueron los en que Perico se halló bajo el techo del tío Celama: hasta entonces no habia comprendido lo que los buenos de los pobres jornaleros habian sido para él: hasta entonces jamás habia conocido el precio de su cariño ni la fuerza del que le ligaba á ellos, así como á sus hermanos adoptivos! ¡Hasta entonces tampoco Perico habia tenido el gusto de dar! Pero aquella vez los sentimientos de una tierna gratitud agitaban su corazon, y experimentaba un placer grandísimo de ser rico, pues llevaba á su padre de leche una suma *enorme*, cuatro mil reales, á su madre hermosos vestidos, y varios regalos para cada uno de sus hermanos y hermanas.

Todos derramaban lágrimas de alegría, abrazándose, y Perico decia:

—«¡Cuando pueda disponer de mis bienes os enriqueceré á todos!»

Gracias á su tutor, habia llegado el mancebo á Benvivre con una bolsa bien provista; pero antes que concluyese la semana ya no tenia un cuarto, y lo bendecian en mas de una cabaña, diciéndole el cura en el momento de la despedida:

—«Acuérdate, Perico, que el hacer bien es el único placer verdadero que se puede comprar con oro.»

D. Timoteo Galan, tutor de Perico, habia sido sucesivamente marino, militar y comerciante: seguramente no era un pozo de ciencia; pero porque la instruccion le habia hecho falta en muchas ocasiones, conocia su valor, y así lo dijo á Perico, el cual se resignó á adquirirla cuanto antes.

Su tutor, que era soltero, fué á pasar con él un dia en la principal hacienda de su tio, cuya casa era linda y bien amueblada, así como grande y bien distribuido el jardin. La mujer del rentero les sirvió una magnífica comida; y la porcelana, los cubiertos de plata, los vasos y jarras de cristal que cubrian la mesa, la finura de los manteles, todo sorprendia agradablemente al jóven heredero; pero no se atrevia á enterarse del uso de aquella multitud de cosas desconocidas para él. Aunque D. Timoteo no infundiese tanto miedo á Perico como el escribano, porque el anciano tutor se mostraba indulgente y bondadoso, una falsa vergüenza, un necio amor propio hacia mudo al jóven por civilizar, y aunque se avergonzaba de su ignorancia, el orgullo se oponia á que confesase su rudeza con preguntas que nadie hubiera extrañado en él, y á las cuales hubiera respondido con gusto D. Timoteo. ¿Qué es lo que sucedió pues? Que despues de vanos esfuerzos para obtener la confianza de Perico, el tutor llegó á persuadirse de que la fortuna, ciega aquella vez como siempre, habia favorecido á un tonto, tal vez á un idiota, y se enfrió el cariño que tenia á su pupilo solo por ser hijo de un amigo, cuya muerte en lejanas tierras habia llorado mas de una vez.

Sin embargo, queriendo antes de dejar á Astorga, donde solo residia una parte del año, llenar completamente las funciones de tutor, D. Timoteo condujo á Perico á casa de los parientes de su madre y de su padre, diciéndole:

—«Es necesario anudar las relaciones de familia, y puesto que tú eres el rico, á tí te toca buscar á los que son pobres. Si tu tio no te lo hubiese dejado todo, muchos de tus primos hubieran tomado parte en la herencia, y podrian recibir una instruccion que á lo que veo nada te aprovechará á tí. Ya sé que les criticas el haberte abandonado; pero, hijo mio, la mayor parte de ellos ignoraban tu existencia, porque tus padres se habian separado de ellos, sin hacerles nunca la menor espresion de recuerdo....; Que esto te sirva de leccion, Perico, si no por tí, á lo menos por los hijos que tengas algun dia! Jamás se rompen las relaciones de familia sin tener que arrepentirse tarde ó temprano.»

Perico escuchaba sin decir una palabra, porque le ocupaba un solo pensamiento persiguiéndole por todas partes, la necesidad de pasar tres ó cuatro años en casa del *dómine*. Sin duda sabreis, amables niños, que no hace poco habia en muchos pue-

blos maestros de latinidad, que además de los discípulos externos tenían algunos internos. En Astorga, fuera de la universidad, había también en la época de que hablamos un dómine de gran reputación, no solo en la ciudad, sino en muchas poblaciones de la provincia de Leon, y á medida que para Perico se acercaba el terrible momento de tener que vivir en compañía del maestro de latin, se ponía triste, meditabundo, cabizbajo, taciturno y pensativo. Algunos instantes se alegraba de ser rico, alegría que duraba poco, y muchas veces recordó la época en que arrostando el frío y la lluvia, apenas vestido, corriendo por en medio de la nieve ó el lodo con los pies descalzos, no se cuidaba de otra cosa que de matar el tiempo. Entonces era dueño de su voluntad, sin tener otros límites en sus vagabundas correrías que el horizonte, ó bien si la pereza se apoderaba de él, podía en el invierno ir á dormir en el establo hasta la hora de despertar: ya despierto, se tendía en las selvas sin hacer nada, aplicando el oído para oír toda clase de cuentos de brujas y duendes, y de lobos cervales: á la hora del calor, en el verano, los segadores le permitían meter su cuchara en el dornajo de gazpacho, y él en cambio les daba leche y requesones.

Qué diferencia de ayer á hoy!... Siempre vestido con trajes á que no se hallaba acostumbrado, era preciso permanecer encerrado horas enteras, porque D. Timoteo no le permitía salir solo: dos veces al día iba el maestro de leer y escribir, en cuyo intervalo tenía Perico que estudiar por espacio de dos horas. Almorzaba y comía á la mesa, se acostaba tarde, y Perico se decía con espanto:

—Mucho peor será en casa del dómine... Dios mío! qué desgracia es el ser rico!»

Durante el primer mes que Perico vivió con el maestro de latinidad, el miedo al calabozo le hizo prestar alguna atención á las lecciones, y sus progresos, sin ser rápidos, no por eso dejaban de halagar á su maestro; pero luego que supo que los castigos se reducían á palmetas, amonestaciones y simples arrestos, sin que hubiese calabozos ni grillos en pies y manos, recobró su natural pereza.

En las horas de recreo era el mas jugueton, el mas malo de la clase de los *grandes*, á la cual pertenecía á causa de su edad, y entonces aparecían libremente todas sus rústicas y groseras costumbres, con la rudeza del campesino y la barbarie del pastor. Criado Perico en el campo, acostumbrado á sufrir la intemperie de las estaciones, era robusto, y á casi todos sus adversarios y camaradas había hecho conocer mas de una vez la fuerza de sus puños.

De carácter poco sufrido, contra todos sus condiscípulos se sentía animado de secreta envidia, porque, como se lo había

dicho el sastre de Benvivre, la ciencia no se compra con oro, y él no podía sufrir que muchachos que tenían muy pocos posibles supiesen mas que él. Sin embargo, en vez de estudiar decia con orgullo:

—Que se afanen cuanto quieran; han nacido para trabajar, porque son pobres; pero yo que soy rico, y tengo tres mil duros de renta, no sé por qué me he de calentar la cabeza con cosas que no necesito aprender. Cuando sea mayor de edad, ya mandaré á pasear todos los libros!»

Don Timoteo, á su vuelta á Astorga, supo con sentimiento la conducta de Perico, y le intimó que si no se enmendaba le mandaría á un colegio en el extranjero, donde seria tratado severamente; que allí dormiría en el dormitorio comun, que iría á clase con los mas pequeños, que sufriría toda clase de humillaciones en castigo de su obstinacion y su orgullo, y que, por último, la suma bastante considerable que le daba para sus gastos particulares quedaria reducida á casi nada.

Perico escuchó con la cabeza baja y en silencio las amonestaciones y las amenazas de su tutor, y como su aplicacion al estudio fuese durante un mes constante y profunda, D. Timoteo, que era para él un verdadero padre, lo llevó á su casa á pasar un día de vacaciones, prodigándole elogios y animándole.... Pero ay! todo esto caia sobre un terreno árido, sobre un corazon agostado por el orgullo, devorado por la envidia: estraviado por la pasion de una libertad ilimitada, Perico solo pensaba en conquistar esta libertad sin límites, y en los medios de que se valdria para lograr sus fines. Algunas veces, sin embargo, dudaba porque sabia que la carrera de la marina, que queria abrazar, es ruda, y ya empezaba á acostumbrarse á los goces de la vida civilizada; pero luego decia:

—No importa! aquí me tiranizan, y yo quiero ser libre!»

Y se afirmaba en su resolucion de huir, único medio de sustraerse á un yugo detestable, y que su tutor estaba dispuesto á hacer mas pesado, si no se corregia.

{Se concluirá.}

RASGO DE RECONOCIMIENTO.

La ingratitud, queridos niños, es un vicio odioso, y por desgracia es harto comun: ningun otro revela tanto un alma baja y despreciable, y hasta á los animales mas feroces causa horror, habiendo habido no pocos que, con vergüenza de la humanidad, han dado ejemplos palpables de gratitud, como os lo demostrara la siguiente historieta.

Sitiados nuestros compatriotas en Buenos-Aires por los pueblos del contorno, el gobernador prohibió la salida de la ciudad; pero temiendo que el hambre, que comenzaba á sentirse, hiciera quebrantar su prohibicion, puso guardias en todas partes con órden de que disparasen á cuantos procuráran pasar del recinto señalado. Esta precaucion retuvo á los mas hambrientos, á escepcion de una mujer que engañó la vijilancia de los centinelas.

Despues de vagar la infortunada por campos desiertos, descubrió una cueva, que le pareció sería un asilo seguro contra cualquier peligro, mas en la cual halló una leona, cuya vista la llenó de espanto. Sin embargo, las caricias del animal la animaron algun tanto, conociendo bien pronto que eran interesadas, pues la leona estaba preñada, y no pudiendo parir, como que pedia á la fugitiva la socorriese. Esta no temió hacerlo así, y la leona llevó su reconocimiento hasta el extremo de salir á buscar provisiones que partia con su libertadora. Esta ocupacion duró mientras los hijuelos la retuvieron en la caverna, pero luego que estos pudieron andar, la leona desapareció, viéndose obligada la pobre mujer á buscarse la subsistencia por sí misma.

A las pocas veces que salió la encontraron unos indios, los cuales la hicieron esclava; pero el cielo permitió que fuese rescatada por los españoles y conducida á Buenos-Aires. El gobernador habia salido de la ciudad; mas el que hacia sus veces, hombre duro hasta rayar en cruel, supo que aquella mujer habia infringido una ley capital, y no la creyó bastante castigada por sus infortunios. Dió, pues, órden de que la abandonasen en el campo atada de pies y manos, para que así muriese de hambre, mal de que habia querido librarse apelando á la huida, ó para que fuese devorada por alguna fiera.

Dos dias despues quiso saber el gobernador interino la suerte que habia cabido á la desgraciada, y los soldados á quienes comisionó para que lo averiguasen se sorprendieron al verla llena de vida, aunque cercada de tigres y de leones que no se atrevian á acercársele, porque una leona, que se hallaba á sus pies con muchos leoncillos, hacia además de defenderla. Al ver á los soldados, la leona se retiró un poco, como para dejarles que desatáran á su bienhechora, y cuando despues de haber cortado la cuerda se disponia el piquete á conducirla de nuevo á Buenos-Aires, la leona la acarició mucho como sintiendo su marcha. La mujer contó á los soldados la aventura de aquel animal que la conoció al momento, y el parte que dieron al comandante le hizo comprender que no podia, sin ser mas feroz que los mismos leones, dejar de conceder el perdon á una mujer, cuya defensa habia tomado el cielo.

CIENCIAS Y NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.

X.

Volcanes de Cartago y de Java.—Causa de las erupciones volcánicas.—Conjeturas.

Volvamos á las reflexiones sobre los volcanes que nos habia sugerido el desastre de la ciudad de Cartago, en la confederacion de la América central.

El volcan á cuyo pié está situada esta ciudad, la mas antigua del pais, tiene cerca de 11,000 pies de elevacion. Nadie se acordaba de ninguna erupcion, de ningun signo amenazador de aquella montaña, cuyos flancos estaban cubiertos de yerba, en medio de la cual tenian los pastores sus cabañas, como los de la Suiza tienen sus casitas entre la yerba de los Alpes.

Como el antiguo cráter tiene un cuarto de legua de circunferencia, estaba rodeado de arena y de lavas; en cuanto á sus bordes, desechos en muchos sitios, presentaban brechas como una pared que amenazase ruina. Hacia muchos siglos que los habitantes de Cartago vivian en el descuido propio de los hijos de los climas cálidos, y creyendo que nada tenian que temer de una montaña, cuyas fuerzas se habian extinguido al parecer, fué grandísimo su espanto cuando abierto el antiguo cráter de esta montaña, produjo una erupcion terrible que destruyó los edificios de la poblacion.

Y hé aquí precisamente lo mas terrible y traidor, por decirlo así, de los volcanes! Su esplosion asusta, dispersa y destruye á una poblacion: luego entra en calma, y parece que solo ha sido una tempestad pronta á desaparecer: los flancos y el pié de la montaña, fertilizados por las lluvias de cenizas, se cubren de nuevas plantas, crecen los árboles; bien pronto los bosques ocultan en parte los vestigios de las erupciones, y los hombres arrastrados del aspecto tranquilo de la naturaleza y atraidos por la fecundidad del suelo, vuelven para edificar nuevas poblaciones y establecer nuevos cultivos: sus hijos y nietos no hablan de los pasados desastres sino por tradicion, y al fin se olvidan enteramente, como sucedia en Cartago, donde no quedaba, como acabamos de decirlo, ningun recuerdo de las antiguas erupciones.

Así es preciso mirar con desconfianza los volcanes ahora tranquilos, porque nada puede asegurarnos la duracion de este reposo; y como los siglos nada suponen en esto, el mejor día el volcan que ha permanecido cerrado un gran espacio de tiempo, puede abrirse y esparcir la desolacion por todas las comarcas contiguas. Lo que no hace mucho se ha visto en la América central,

donde, por lo demas, los frecuentes temblores de tierra son un aviso significativo; la Italia lo vió antiguamente en el Vesuvio, que despues de sepultar bajo cenizas abrasadoras las ciudades de Herculano, Pompeya y Stabia, ha permanecido tranquilo durante muchos siglos.

En la isla de Java, al Este del mar de las Indias, no son dudosos los efectos de los desastres sufridos. En 1817 una masa de aguas arrojadas por el Idgen é impregnadas de azufre y de ácido sulfúrico, inundó y asoló toda la comarca que se estiende desde esta montaña hasta el mar. En el monte Hiamis se ven por todas partes golfos que despiden cieno y agua hirviendo, y el antiguo cráter de Talagabodas presenta ahora un lago de agua blanca y agria, mientras el humo se escapa á través de las grietas de la montaña.

De consiguiente es seguro que el interior de la tierra es el horno donde se elaboran esos agentes terribles de destruccion que vemos salir con tanta violencia de ciertas montañas de todas partes del globo, sobre todo de la zona tórrida, y que se lanzan algunas veces á través de las aguas del mar. No costará mucho trabajo comprender que las enormes masas de materias combustibles, tales como el azufre, el carbon de piedra, etc., que contiene la tierra, son susceptibles de inflamarse cuando se ponen en contacto con otras materias, las cuales despues de producir una fermentacion larga y sorda, desarrollan al fin un grado de calor capaz de prender fuego á esas capas espesas.

Por otra parte, parece que existe en el centro de la tierra un calor tan fuerte que puede fundir metales, y de consiguiente, si este calor penetra por algunas hendiduras hasta las capas que abrazan la tierra, debe producir esplosiones, masas de gas y tal vez sacudimientos eléctricos bastante fuertes para conmover nuestro suelo, y arrojar fuera todas las materias que encuentra en su camino esta fuerza irresistible.

Supongamos, pues, que debajo de las comarcas donde vemos tantos volcanes, existen acaso, á inmensa profundidad, enormes capas de materias combustibles: supongamos tambien que las materias toman calor, no importa por qué razon, y acaban, median-te el contacto del aire, por incendiarse; en tal caso los espacios vacios en la tierra deben llenarse de gas, y cuando este llega á comprimirse, debe resultar una esplosion por las salidas que ya existen, ó que hace el choque mismo de la esplosion. Entonces el humo sale en espesas columnas, las piedras son arrojadas afuera, y se escapan á torrentes olas de metales y minerales derretidos: otros minerales quemados debajo de tierra saltan en forma de piedra pomez, saliendo del seno de la tierra aguas y tierras mezcladas y muy calientes.

Es preciso confesar, sin embargo, que la verdadera causa de

las explosiones volcánicas es todavía un misterio, porque aun no se ha penetrado profundamente en la tierra para saber las razones que pueden producir los repentinos incendios. De consiguiente, lo que acabais de leer sobre las causas de las erupciones volcánicas, es una suposición que tiene mucha probabilidad, pero que no obstante deja dudas, no pudiendo explicarlo todo.

¿Cómo comprender, por ejemplo, el motivo por qué un volcán, después de muchas é importantes explosiones, entra de repente en calma, permanece inmóvil por espacio de siglos, y luego despierta de pronto, asusta las comarcas contiguas que habían olvidado con el transcurso del tiempo la antigua historia de esa montaña, y después cesa de nuevo de vomitar lavas y piedras, mientras otros volcanes nunca han dejado de ser temibles por su proximidad?

Es evidente que hasta que no se consiga penetrar mas y mas en la tierra, no podemos lisonjearnos de llegar á dar una explicación satisfactoria de las erupciones volcánicas. Es cierto por lo demás que las causas que las promueven existen do quiera, porque al mismo tiempo que vemos cadenas de volcanes en la América meridional y en las islas del sudeste del Asia, el humo subterráneo se escapa igualmente por entre las nieves de las montañas de la Islandia y del Kamschatka, dos países que no están muy lejos de la zona glacial. La Islandia es notable por el famoso Geyser, cuyo fenómeno consiste en surtidores de agua caliente que arroja la tierra á considerable altura.

Por lo tanto la misma causa obra en todas partes, y el foco del calor, que nos envía lavas, cenizas y agua hirviendo, debe multiplicarse bajo las plantas de los pobres humanos que pisan el suelo de la tierra, y miran con asombro los efectos cuyas causas no pueden ver.

HISTORIA SAGRADA.

I.

Joram y Ochosias.

El ejemplo del impío Jorám no había destruido los buenos sentimientos que animaban á todo el pueblo de Judá. Aun quedaban hombres fieles al culto del Señor, los cuales resolvieron

oponerse á los pérfidos intentos de Athalía, cuya impiedad ya no conocía límites.

El primer pensamiento de la reina fué elevar al trono á su hijo Joadias, llamado por otro nombre Ochosias, único hijo de Jorám que se libró del asesinato de los filisteos y los árabes.

Este príncipe, corrompido por el triste y deplorable ejemplo que le habian dado sus parientes, se entregaba sin escrúpulo alguno á toda la fogosidad de su carácter perverso, despreciaba la ley del Señor, y adoraba los dioses falsos.

Su matrimonio con la hija de Jorám, rey de Israel, aumentó el horror que causaba al pueblo.

Los hijos de Achab, los hermanos mayores de Ochosias, muertos por los filisteos, habian dejado hijos, y el pueblo esperando que su conducta sería mas grata á los hijos de Dios, los preferían á Ochosias.

La reina procuró desde entonces hacerse un partido poderoso que pudiese secundar sus miras. Para ello hizo presente que los sobrinos de Ochosias eran hijos inhábiles, y que su advenimiento al trono pondría el reino á merced de sus enemigos.

A fuerza de astucia y de intrigas logró sus fines, y Ochosias fué nombrado rey de Judá.

El pueblo pensaba que la muerte terrible de Jorám sería un ejemplo provechoso para su hijo; pero nada de esto sucedió. Aconsejado por la reina Athalía, separó de su consejo á todos los ancianos y á los sábios de Jerusalem que habian servido á Josafat con tanto celo. Puso en su lugar príncipes de la sangre de Achab, hombres viciosos y malos, que descuidando el culto del verdadero Dios, adoraban á los ídolos.

Seducido por las promesas de Jorám, rey de Israel, su suegro se unió á él para hacer la guerra contra Hazael, rey de Siria.

Ambos reyes concurrieron al sitio de Ramoth-Galaad, ciudad usurpada antiguamente á los israelitas por los sirios.

Atacando aquella ciudad, recibió Achab la herida que le causó la muerte, y allí corrió Josafat grandes peligros.

Hazael avanzó en buen orden para oponerse á aquella empresa; los dos reyes alcanzaron la victoria, y la ciudad fué asaltada; pero Israel perdió gran número de soldados, y su rey salió herido tan gravemente, que se vió obligado á retirarse á Jezrael para curarse.

Confió la direccion del sitio á Jehu, hijo de Josafát, nieto de Namsi, que mandaba el ejército bajo el reinado de los dos reyes. Ochosias abandonó las tropas de Israel y volvió las suyas á sus estados; pero á poco volvió al servicio del rey de Israel.

Jehu supo pasarse sin la presencia de los reyes, porque era un gran guerrero. Al cabo de algunos meses se apoderó de la ciudad, donde se estableció con su ejército.

II.

Jehu consagrado rey de Israel.

El Señor continuaba revelando sus designios al profeta Elisea, quien llamó á uno de los hijos de los profetas, y le dijo en secreto:

«Recibid de mi mano esta botellita llena de aceite bendecido; preparaos á partir para Ramoth-Galaad. Jehu, hijo de Josafát, ha conquistado al rey esta plaza importante: entrareis en la casa que habita; le hallaréis sentado en medio de sus oficiales; le hareis salir de este sitio, como si tuvieseis que decirle una cosa urgente. Entonces permaneceréis solo con él en una habitacion distante; y verteréis sobre su cabeza este aceite, diciendo:

«Hé aquí las palabras del Señor: te he consagrado rey de Israel: á tí te toca ejecutar mi voluntad, ejercer mis venganzas, y cumplir mis oráculos contra la familia de Achab.»

«Explicareis al nuevo rey cuáles son los designios de Dios, y en seguida os pondreis en camino, sin permanecer un instante en la casa ni en la ciudad.»

El jóven, hijo de los profetas, partió al momento, y llegó á Galaad.

Ejecutó las órdenes que habia recibido de Elisea, y al verter el óleo sobre la cabeza de Jehu, le dijo:

«Hé aquí las palabras que el Señor os dirige:

«Yo soy el que te ha consagrado rey, para que gobiernes á mi pueblo de Israel, y estermines sin piedad á la raza de Achab, tu amo. Tú eres el que debes vengar la muerte de mis profetas y la sangre de mis siervos derramada por Jezabel; así, pues, destruirás para siempre la familia entera de Achab, desde el mayor hasta el mas pequeño, desde el primero hasta el último, sin exceptuar los ancianos, ni las mujeres, ni los niños, desde los que han alcanzado la edad de la razon hasta los que se hallan aun en la cuna.

«La casa de Achab iguala en impiedad á la de Jeroboam, y debe sufrir la misma suerte. Acuérdate tambien de que he anunciado por conducto de mis profetas que la reina Jezabel no recibirá sepultura, y que los perros se la comerán en los llanos de Jezrael.»

Dichas estas palabras, el profeta se alejó con tal rapidez que no pudo saberse lo que le habia sucedido.

Jehu se acordó de que treinta años antes ya habia recibido la Uncion santa de manos del profeta Elias.

Con esto se convenció de que habia llegado el tiempo de su elevación; pero todavía ignoraba cómo le haría subir al trono el Señor.

Al saber las palabras del profeta, todo el ejército proclamó á Jehu rey de Israel; sus oficiales le formaron un trono, poniendo sus capas las unas sobre las otras, y habiendo ordenado que tocasen las trompetas, gritaron en alta voz: «Jehu es rey de Israel! Jehu es nuestro rey!»

III.

Muerte de Jorám y de Ochosias.

Despues que el Señor dió esta muestra notable de su bondad á Jehu, el nuevo rey pensó ejecutar las órdenes que habia recibido.

Jorám permanecia siempre en Jezrael, y Ochosias, por efecto de la voluntad de Dios, se habia obstinado en permanecer á su lado. Los dos impíos se hallaban, pues, reunidos para recibir el castigo reservado á sus crímenes.

Jehu, seguido de todo su ejército, se encaminó hácia Jezrael, y viendo el centinela colocado en las murallas que se acercaba tropa armada, lo participó así á Jorám.

Este, lleno de espanto, mandó á un oficial que subiese en un carro y fuese á recibir á la tropa, para preguntarla cuáles eran sus intenciones.

Pero Jehu detuvo á los oficiales que Jorám le envió por intervalos. Viendo esto el rey, se decidió á ir él mismo con Ochosias á saber lo que pasaba.

El ejército de Jehu se hallaba entonces en las tierras de Naboth.

Jorám se acercó al nuevo rey, y le dijo:

«¿Qué nueva me traes? ¿vienes como enemigo, ó me anuncias la paz?»

—Debeis vos hablar de paz, respondió Jehu en ademan amenazador, cuando las impiedades, los crímenes, los desórdenes de vuestra madre son á vuestra misma vista el escándalo de todo el reino!»

Conociendo Jorám que se le hacia traición, volvió bridas, y gritó al rey de Judá:

«¡Huyamos, Ochosias, pues se atenta contra nuestra vida; estamos perdidos!»

Viendo Jehu que iba á escapársele, preparó su arco y tiró una flecha que dió á Jorám entre los hombros.

Se bamboleó, y cayó muerto sobre su carro.

Jehu dijo al momento á Badacer, uno de sus oficiales:

«Coje el cadáver de ese impío, y arrójale á las tierras de Naboth, pues el Señor ha dicho: «vengaré la sangre del inocente Naboth y la de mis hijos, que has derramado á mis ojos. En el

mismo campo donde ha sido vertida, haré que corra la tuya.»

«Vé, pues, y ejecuta mis órdenes.»

Mientras tanto Ochosias, luego que vió caer á Jorám en su carro, huyó á Samaria, donde se ocultó lo mejor que pudo.

Pero unos ginetes que destacó Jehu le sorprendieron, y á poco murió de sus heridas. Como el Señor nada habia predicho acerca de la sepultura de Ochosias, respetaron su cadáver, en consideracion á la memoria de Josafat, y fué enterrado en la ciudad de David con los reyes sus ascendientes.

Así perecieron aquellos dos impíos, heridos por la mano del Señor.

EL LOBO Y LA CIGÜEÑA.

Fábula.

Oculto en una cañada,
Un lobo con ansia fiera
Devoraba cierto día
A una pobrecilla oveja:
Y fuera casualidad,
O de Dios venganza fuera,
Quedósele fijo un hueso
Dentro su garganta estrecha.
Ocupábase no lejos
Una orgullosa cigüeña
En escarbar con su pico
La recién labrada tierra,
Y el lobo llamóla humilde,
Suplicándola por señas
Acudiese luego luego
A asistirle en su dolencia.
«¿Que yo te cure, malvado?
Ni por pienso», dijo aquella,
Y añadió despues: «ya es tiempo
De que angustiado perezcas....
Muere, oh ladron, y tu raza
Con este castigo sepa
Que si el pecado es muy grande,
Mayor es la penitencia!»

TENORIO.